

Una apariencia de normalidad

Cuentos

I



Antonio Pavón Leal

Abril 2014

El despertar de los murciélagos

1

Se lo tenía prometido a mi hijo Raúl desde nuestra llegada a la isla de Maweli, pero, por una razón o por otra, había ido postergando este asunto. Hacía tres meses que nos habíamos instalado y aún no había encontrado el momento de cumplir mi palabra. En definitiva, yo también estaba interesado. No en vano se trata de uno de los atractivos de la isla.

Aunque ese fenómeno natural apenas es conocido fuera de las fronteras de este exiguo país, sus responsables turísticos tienen depositada en él toda su confianza.

Es un acontecimiento curioso y, probablemente, único en su género. No obstante, tengo mis dudas respecto al resultado de la campaña publicitaria en ciernes.

No niego que acuda gente. Pero la respuesta no va a ser masiva como cree Probone, el secretario de Turismo, a quien la boca se le llena de cifras con seis dígitos.

Escuchándolo, se diría que estamos a punto de sufrir una invasión.

En una de las reuniones propuse una diversificación de la oferta turística. Argumenté que los murciélagos producen repeluzno a numerosas personas. Si éste era el único reclamo para su desplazamiento a un lugar tan a trasmano como Maweli, muchas desistirían. Lo cual era una pena, pues la isla cuenta con atractivos indiscutibles.

2

Iba pensando en todo esto y me había olvidado de mi hijo, que tenía un juguete en la mano y miraba el paisaje, capaz por sí solo de sacar a la isla del anonimato.

Raúl es un niño afable. Cuando le di un golpecito en el hombro, volvió la cabeza con la sonrisa en los labios. Después se enfrascó de nuevo en la contemplación del bosque tropical iluminado por el sol de la tarde.

El todoterreno avanzaba despacio por la pista de tierra batida. A causa de las lluvias torrenciales, había numerosos baches y protuberancias, sin contar algún que otro socavón encharcado.

– ¿Te gusta?

El niño asintió.

Recordé la primera vez que divisé la isla desde el barco. Estaba en cubierta, echado en una tumbona, leyendo o, al menos, con un libro en las manos.

Durante la travesía habíamos tenido marejada. En ese momento, después de tantos vaivenes, me encontraba increíblemente sereno.

Cerré el libro y me incorporé. A continuación, me puse en pie y me froté los ojos porque no les daba crédito.

Pero no era un espejismo ni una alucinación. Me acerqué a la borda y permanecí absorto hasta que mi mujer me tocó en el brazo.

La isla de Maweli se me apareció como un estallido de vegetación en mitad de océano. Tras el tumultuoso oleaje, el mar se había alisado, adquiriendo una límpida tonalidad turquesa.

En esa bandeja inmensa que la quilla del barco hendía sin esfuerzo, se alzaba un penacho sombrío de árboles que parecían hundir sus raíces en las profundidades del abismo.

3

No disponíamos de mucho tiempo para llegar al observatorio.

El disco solar estaba a la altura de esos árboles altísimos que, como gigantes en medio de una tribu de pigmeos, sobresalían de la masa forestal circundante.

Por su lado derecho, la pista descendía en un suave talud que acababa en un terreno pantanoso.

Dejé el coche en la explanada que habían habilitado como aparcamiento, y nos dirigimos al mirador, una especie de fortín del Lejano Oeste.

Esta pintoresca construcción en armonía con el paisaje era provisional. Las autoridades habían recurrido a la madera porque era abundante y barata, pero tenían pensado sustituirla por sillares de piedra caliza, un material inexistente en la isla que había que importar.

Con los prismáticos colgados del cuello, subimos los dos cómodos tramos de escalera y llegamos a una espaciosa plataforma, en cuyo antepecho nos acodamos.

El sol se ocultaba tras la selva, desde donde los monos lanzaban agudos chillidos.

Aprovechando que todavía disfrutábamos de suficiente luz, propuse a mi hijo localizar en las horquetas de las ramas y en las grietas de los troncos las delicadas orquídeas de Maweli.

Se trata de una variedad que combina el anaranjado y el violeta. El resultado es de una insólita belleza. Con todo derecho figura en el escudo de este país.

4

Pero lo que interesaba a Raúl era el famoso acantilado.

Tras la zona pantanosa, en el mismo lindero de una selva impenetrable, se erguía una cresta rocosa, que había generado multitud de hipótesis científicas a cual más descabellada.

Se podría pensar que la exuberancia vegetal acabaría engullendo esa mole de piedra.

Nada más lejos de la realidad. Ni los bejucos ni los manglares cubrían un solo palmo de ese afloramiento.

Sólo los monos lo recorrían saltando de un saliente a otro, con total indiferencia por esa rareza geológica en la que se despiojaban tranquilamente.

A esa hora de la tarde quedaban pocos monos en el acantilado. Los que todavía andorreaban por allí saldrían corriendo de un momento a otro. Esta huída, acompañada del correspondiente griterío, formaba parte del espectáculo.

5

La claridad diurna adoptó un tinte rosáceo que presagiaba la caída de la noche.

Durante un rato mi hijo y yo escudriñamos en silencio esa cresta rocosa, perforada de innumerables cuevas, que cobijaba a una nutrida colonia de murciélagos. La mayor del planeta, según la secretaria de Turismo de Maweli.

Este dato está pendiente de las últimas comprobaciones, pero, en cualquier caso, tan populosa y turbulenta como para tener el honor de convertirse en una atracción turística.

A esto hay que añadir que los murciélagos tienen el tamaño de un conejo.

Di una pasada con los prismáticos por los manglares y distinguí enjambres de insectos entregados a una frenética actividad. Las compactas nubes, cuando se posaban en un arbusto o en un tronco descolorido, los recubrían por completo.

Raúl exclamó:

– ¡Cuántos mosquitos!

Como creí percibir en su voz una nota de alarma, dije para tranquilizarlo:

–No son mosquitos.

–Entonces ¿qué son?

No tenía ni idea. Seguramente eran mosquitos, ¿qué otra cosa podían ser?

6

El cielo pasó del rojo fuego al cárdeno y al gris, mezclando vetas y tonos, como un grandioso calidoscopio que girase lentamente.

Las copas de los árboles se apelmazaron en una compacta masa verdinegra.

Con las últimas luces del día, las bocas de las cuevas se pusieron a arrojar murciélagos en una regurgitación que parecía no tener fin.

Salían de estampía al exterior, como reses a las que hubiesen mantenido apretujadas en un corral y les hubiesen abierto la puerta.

Su vuelo irregular y alocado hacía que uno se preguntase cómo no chocaban unos con otros a pesar de entrecruzarse continuamente.

Considerando que se contaban por miles, un encontronazo se tendría que haber producido tarde o temprano. Pero esa eventualidad, contra todo pronóstico, no se materializó.

Tras desentumecer las alas, regresaron a la pared rocosa, donde se posaron.

En poco tiempo, el acantilado, convertido en gigantesca alcándara, quedó ocupado en su totalidad por los murciélagos.

Los ruidos de la selva se habían apagado. Sólo se escuchaba de tarde en tarde un chillido lejano que moría rápidamente.

Por un momento, la sensación de estar viviendo una pesadilla fue tan intensa que me faltó el aire.

Mucha gente encuentra a estos animales repulsivos e incluso siniestros. Vuelan pero carecen de la gracia de los pájaros. Sus costumbres, como la de pasarse el día colgado cabeza abajo, poco tienen que ver con las del resto de los mamíferos. En fin, son unos híbridos raros que inspiran escasa simpatía.

7

De repente, los orejudos abandonaron la cresta rocosa en silenciosas bandadas.

Sería falso afirmar que evolucionaban como un cuerpo de baile o que ejecutaban elegantes piruetas. Pero sus tumultuosos desplazamientos e inusitados giros sugerían los movimientos de una rudimentaria coreografía.

A veces, sin motivo que la justificase, se producía una espantada y los murciélagos salían disparados en todas las direcciones. Luego, se reagrupaban en multitudinarias formaciones en las que se apreciaba un cierto orden.

Sabía que se alimentaban de insectos y frutas, pero no vi un solo murciélago que se adentrara en la selva.

A pesar de sobrevolar constantemente los manglares, no se tenía tampoco la impresión de que estuvieran cazando mosquitos.

Fue entonces cuando uno de los quirópteros se destacó de la turbamulta y enfiló hacia el mirador.

8

Dando pesados aletazos, el murciélago avanzaba en dirección a nosotros.

En Maweli los llaman zorros voladores. Aunque no son tan grandes como estos animales, hay que reconocer que les falta poco.

A medida que se acercaba, su cara se fue perfilando hasta el punto de que pude apreciar a simple vista todos sus rasgos.

Tenía dos grandes orejas rematadas en punta y un hocico que, en efecto, recordaba el de un zorro o un perro. Y unos colmillos de un blanco luminoso. Y ojos enrojecidos, como los de un insomne.

Su vuelo era incierto, pero no había duda de que nosotros éramos su objetivo. Mascullé que estos animales eran inofensivos. Que no se sabía de ningún caso en que hubiesen atacado a una persona.

El murciélago se puso a revolotear por encima de nuestras cabezas. Yo observaba con aprensión creciente sus idas y venidas.

¿Y si detrás de éste venían más? Desde luego, no pensaba quedarme para comprobarlo. No me atrevía a desviar la mirada del orejudo, cuyas pasadas eran cada vez más bajas, por temor a que, en un descuido, nos atacase.

Cuando esa careta flotante, en la que sólo distinguía dos ojos sanguinolentos y dos colmillos de inmaculada blancura, alcanzó el punto más lejano antes de dar la vuelta, decidí que era el momento de escabullirse.

Al ir a coger a Raúl por el brazo, creyendo que estaba a mi lado, descubrí que el niño estaba en medio de la plataforma.

Grité azorado que teníamos que regresar al coche sin tardanza.

El niño me miró impasible. Luego, cogió su pistola de juguete que tenía metida en la correa del pantalón. Sosteniéndola con ambas manos, apuntó al murciélago, esperó a que se acercara lo suficiente y disparó.

Guardianes

1

Me costó decidirme. Por dos razones principalmente. En primer lugar, por mi propio carácter demasiado “hamletiano”. Y en segundo, porque la información de que disponía no era precisamente alentadora.

A pesar de las vacilaciones y de los momentos de desánimo, acabé aceptando, sin dejar de preguntarme cada dos por tres quién me mandaba meterme en ese berenjenal.

Todo bastante contradictorio. No quería hacer más indagaciones. Sin embargo, como los oídos no se pueden cerrar, seguía enterándome de algún que otro dato.

En esta situación me puse a trabajar de un modo extraño. Como si no fuera yo sino otro quien debía asumir esa tarea. Como si la hubiese delegado en un “alter ego”.

Y así empecé o empezó a leer, tomar notas, elaborar un plan. Y lo más importante, elegir un tema. De este asunto me encargué yo que era, a fin de cuentas, quien iba a dar la cara.

Como tenía a mi disposición toda la Historia de la Humanidad, desde sus remotos albores hasta esta hora crepuscular y confusa, la elección resultó más problemática de lo que había previsto.

Vuelvo a repetir que no estaba convencido ni me sentía seguro. Mi confianza tropezaba en cada dificultad, por pequeña que fuese.

2

Los aspirantes, todos con cara de circunstancias, no éramos numerosos. Aunque había grupos de dos o tres personas, en general predominaban los individuos solitarios, desperdigados por la nave, esperando la hora crucial.

Como no estaba bien visto dejar traslucir los nervios, todos procurábamos transmitir una imagen de tranquilidad.

Yo estaba allí sin realmente estar, sin acabármelo de creer. Incluso, puesto que todavía estaba a tiempo, consideré la posibilidad de retirarme.

Seguramente no era el único que, haciendo gala de control y prudencia, se hallaba en esa situación ambigua. Las sonrisas forzadas y las miradas furtivas confirmaban esta sospecha.

3

El círculo estaba iluminado por un haz de luz cenital. La claridad se concentraba en este espacio, dejando en penumbra los rincones más alejados de la nave.

Este pabellón, que recordaba una lonja, formaba parte de un palacio-fortaleza situado en un monte, por el que descendía un muro almenado.

Del exterior no puedo dar más detalles porque, cuando llegamos, era noche cerrada. Y hacía un frío de los diablos.

En la nave, de techo alto, hacía casi el mismo frío que fuera.

Poco a poco fui avanzando hasta situarme a escasa distancia del círculo iluminado.

Notaba cómo las miradas de los demás convergían en mí. Cómo me observaban en completo en silencio.

A pesar de la sensación ambivalente que experimentaba, di unos cuantos pasos más.

Desde donde estaba, podía distinguir las resquebrajaduras y desniveles de las placas de pizarra sobre las que se abatía el descarnado haz de luz.

4

Sentado sobre sus cuartos traseros, el mastín nos contemplaba con indiferencia canina. A nuestra aprensión se oponía su impasibilidad.

De hecho, daba la impresión de que sólo reparaba en nosotros de vez en cuando, tras bostezar de aburrimiento y enseñar su lengua rosada del tamaño de un buen filete. O tras levantarse y dar un corto paseo.

Al llegar al límite de la circunferencia, se paraba y se quedaba como un pasmarote. Luego se daba la vuelta y se echaba de nuevo.

El perro, casi tan grande como un San Bernardo, tenía largas guedejas negras, ligeramente onduladas. Su aspecto no era fiero. Por el contrario, parecía bonachón. Esperaba no haberme equivocado en mi apreciación porque estaba decidido a entrar en el círculo.

Como suelo hacer en estas circunstancias, procuré dejar la mente en blanco. No pensar en nada. Abandonarme, en la medida de lo posible.

Es el método más eficaz para no bloquearme. Para no quedar fuera de juego.

Nos habíamos preparado a fondo. El otro había hecho un buen trabajo. Por supuesto, ignorábamos si el planteamiento y desarrollo de la exposición iba a ser del gusto del examinador. Siempre interviene un factor subjetivo cuya importancia no es desdeñable.

5

Tan pronto como entré en el círculo, el mastín se levantó y se acercó a mí.

Se detuvo a pocos pasos y, plantado sobre sus grandes pies, me observó.

Así transcurrieron unos minutos que me parecieron horas. Por fin, el perro resopló y meneó su voluminosa cabeza. Al apartar los largos mechones de pelo, quedaron al descubierto sus ojos negros, que tenía fijos en mí.

Hubiese deseado desviar la mirada, pero intuía que era necesario mantener esta cara a cara hasta que el perro decidiera otra cosa.

Con un golpe de su hocico me indicó que me situara en el centro, allí donde la intensidad de la luz imprimía un tinte cadavérico a la piel. Incluso la sentía perforándome la coronilla.

El mastín siguió inspeccionándome. A veces, con una ligera sacudida apartaba las negras guedejas que le dificultaban la visión.

En una ocasión, sentí sus belfos rozándome una mano. En otra, su aliento a través de la tela del pantalón.

Cuando hubo acabado su reconocimiento, me dio otro golpe con el hocico para que saliera del círculo.

6

Ante mí se extendía un largo corredor pavimentado de grandes lajas de pizarra que rezumaban humedad.

Era consciente de que no podía retroceder.

Los muros eran altos y sin aberturas. El techo, abovedado.

Aunque no fuera necesaria esa comprobación, pasé la mano por los sillares de piedra que estaban mojados. Mi propio vaho se condensaba en una nube.

Me obsesioné con la humedad. La sentía en la ropa, en el pelo. Se me metió en los huesos, provocándome temblores que no podía controlar. Era peor que el frío.

Andaba despacio por miedo a resbalar. Iba pisando huevos, como decía mi madre cuando me quedaba rezagado.

El otro, habitualmente tan callado, dijo que tenía que relajarme. Y me recordó que habíamos superado la primera prueba.

Hice movimientos rotatorios con los hombros y el cuello, que notaba especialmente contraídos. Y a un paso normal seguí avanzando por esa interminable galería. De trecho en trecho, pegada al muro a bastante altura y protegida por una red metálica, había una bombilla que, como si llevase una eternidad encendida y estuviese a punto de fundirse, arrojaba una luz mortecina.

7

Escuché un gruñido y me paré en seco. Conteniendo la respiración, agucé el oído. Había recorrido un buen tramo de la galería. No sabía, por supuesto, si más o menos de la mitad. Yo tenía la impresión de llevar andando mucho tiempo. El sonido no se repitió. Con precaución, reanudé la marcha. Sea lo que fuere, tenía que estar preparado. ¿Preparado? ¿Qué significaba esta palabra en semejante situación? ¿Acaso se acercaba el momento de pronunciar mi discurso? El otro respondió suavemente que tal vez había llegado el momento de mostrar entereza.

8

A lo lejos distinguí una mancha clara en movimiento. Fue una visión fugaz, pero no un engaño de los sentidos o un invento de mi ansiedad. Seguí andando con la mirada puesta en ese borrón que, conforme me aproximaba, se iba delineando. Sentía las gotas de sudor en la frente y en el cuello. Caminaba cada vez más despacio. Cuando descubrí que la mancha era un lobo plateado, me quedé clavado en el suelo. De no ser por el vaho que expulsaba por la boca y la nariz, habría podido pasar por un animal disecado. Sentado sobre sus cuartos traseros, muy erguido, esperaba pacientemente. Su pelaje gris perla era casi blanco en el vientre y en el cuello. Tenía los ojos celestes y el hocico afilado. Era la viva imagen de la inexorabilidad. Se puso en pie y, lanzando un gruñido apagado, se situó en mitad de la galería.

El escudo de armas

1

No podíamos prever que fuesen a tomárselo tan a mal. ¿O sí? Creo que no nos planteamos siquiera semejante cuestión.

Habíamos batido un record y nos sentíamos orgullosos. Por increíble que parezca, habíamos conseguido cazar cuatro lagartijas.

Cualquiera que haya intentado atrapar a uno de estos veloces y escurridizos animales, sabrá de qué hablo y apreciará nuestra proeza.

Nuestra felicidad era comparable a la que experimentan los adultos cuando les toca un premio importante de la lotería y se ponen a dar saltos, proferir incoherencias y descorchar botellas de champán que han agitado previamente.

Así de contentos estábamos mi amigo Rafael y yo.

No es inmodestia, pero yo obtenía mejores resultados por estar dotado de una cualidad de la que él estaba escasamente provisto: paciencia.

Podía estar al acecho todo el tiempo que fuera necesario. Aunque no lograra cazar a la lagartija, me encantaba observarla. Su movilidad, que le permitía trasladarse de un lugar a otro como por ensalmo, me causaba una admiración sin límites. Era tan veloz que lograba burlar los ojos que la vigilaban atentamente.

2

Desde el viejo fortín, antaño utilizado para controlar la bocana del puerto, la panorámica sobre la bahía y Ciparsa es magnífica.

Esa antigua construcción militar y sus alrededores eran uno de nuestros lugares favoritos de aventuras y juegos.

Teníamos prohibido andar por esos parajes porque eran solitarios y peligrosos, pero esta circunstancia constituía un acicate.

Y había, sobre todo, una razón decisiva que nos atraía al baluarte: la abundancia de lagartijas que se calentaban al sol.

3

Con una beatífica sonrisa en los labios y a buen paso, marchábamos por el camino con las cuatro lagartijas que habíamos capturado.

Llevábamos una en cada mano, cogidas con firmeza a la par que con cuidado para no hacerles daño.

Las lagartijas, retorciéndose y dando coletazos, trataban de zafarse.

Nosotros las dejábamos hacer. Ya se cansarían de batallar y se darían por vencidas.

El mayor peligro estribaba en que nos mordieran. Pero nosotros éramos unos expertos y, para evitar esa eventualidad, las teníamos sujetas justo por debajo de la cabeza.

4

Al principio dispersas y a continuación formando una calle, aparecieron las casas de la ciudad, pequeñas y primorosamente encaladas.

Cruzamos el barrio de los pescadores y nos dirigimos al nuestro, llamado del Monasterio, aunque en la actualidad no hay ninguno.

Exhibiendo nuestros trofeos, entramos en la única calle porticada con que cuenta Ciparsa.

No íbamos maquinando nada, como más tarde nos echarían en cara.

Caminábamos tranquilos y callados, contemplando los arcos almohadillados de un cálido color ocre.

Y de repente se nos ocurrió a los dos la misma idea.

Fue cuando descubrimos al final de la calle a Agustina y a la madre de Rafael, que venían charlando. Ellas no se percataron de nuestra presencia.

5

Escondiéndonos tras los pilares, seguimos avanzando. Estábamos tan compenetrados que sólo fue necesario que cruzásemos tres o cuatro palabras.

Las esperamos agazapados cerca del callejón. Cuando bajaron los dos escalones del soportal, salimos a su encuentro con las lagartijas apuntando hacia ellas y las obligamos a entrar en ese pasaje cerrado por una cancela.

Haciendo caso omiso de sus protestas y amenazas, las acorralamos en un rincón.

Agustina no paraba de despotricar, pero nosotros no nos amilanamos.

Al comprobar que no lograban nada con las recriminaciones, pasaron a los ruegos. Pero Rafaelito y yo éramos duros de pelar.

Bien plantados sobre nuestros pies y con las lagartijas coleando en las manos, permanecemos impasibles.

Las dos mujeres, temiendo lo peor, se habían puesto de lado.

Cuando dimos un paso adelante, dejaron de suplicar y nos lanzaron un furibundo ultimátum.

Como nosotros éramos los dueños de la situación, no nos arrugamos.

– ¿Se las tiramos a mi madre?

–No, a tu madre no. A Agustina, que le dan más miedo.

6

Todos los bichos despertaban mi curiosidad. Esta afición fue una fuente de problemas para mí, pues a mi madre la horrorizaba cualquier animalejo con menos de veinte centímetros de largo, que es la longitud aproximada de una lagartija común.

Para su desesperación, uno de mis pasatiempos favoritos consistía en desenterrar lombrices, que mi madre me obligaba a despachurrar con el cuento de que eran dañinas para sus flores.

En el huertecillo, me dedicaba a levantar piedras para ver lo que había debajo.

Normalmente encontraba cochinillas que, en cuanto las tocaba, se convertían en bolas de color gris, con las cuales me llenaba los bolsillos.

Lo malo era que, una vez en casa, se desenrollaban y trataban de recuperar su libertad.

Prefiero pasar por alto la reacción de mi madre cuando descubría estos intentos de evasión.

También cazaba saltamontes, escarabajos cornudos, negros como el azabache, y hermosas mariquitas de color naranja. E incluso escorpiones, que encerraba en un bote de cristal con la tapa agujereada.

7

A Agustina le dio un soponcio. Se puso blanca como la pared y, a pesar de agarrarse a los barrotes de la cancela, cayó redonda.

La reanimaron con agua fresca. Poco a poco volvió en sí y, más muerta que viva, la llevaron a su casa.

En vista de que le seguían temblando las piernas y la voz, alguien propuso llamar a un médico. Agustina se opuso y sólo permitió que le preparasen una tila.

También se negó a que avisaran a su marido. Hijos no tenía.

A las vecinas no les pareció bien dejarla sola en ese estado de choque, por lo que una de ellas se ofreció a hacerle compañía.

Agustina, que era muy suya, se resistió alegando que se encontraba mejor. Pero como nadie gana en tozudez a un grupo de comadres decididas a realizar una buena acción, tuvo que transigir.

8

Francisco, el marido de Agustina, estuvo a punto de soltar una carcajada cuando le contaron lo ocurrido. Las severas miradas que le dirigieron su mujer y la vecina, lo disuadieron de tomar a broma ese lance.

Fue el único que intercedió por nosotros, aunque sus buenos oficios no impidieron que nos librásemos del castigo. Ni siquiera consiguieron atenuarlo.

La amistad entre Rafaelito y yo se fue al traste. Según sus padres, yo no era una compañía recomendable. Los míos opinaban lo contrario.

Nuestras correrías en común pasaron a la historia.

Cuando nos cruzábamos por la calle, nos mirábamos de reojo e incluso esbozábamos una sonrisa, pero no nos hablábamos.

Por separado, nuestros padres nos obligaron a ir a casa de Agustina a pedirle perdón y a prometerle que nunca más cometeríamos una fechoría semejante ni con ella ni con nadie.

Agustina, que había recobrado el color y la firmeza en las piernas, se mostró seria y dolida durante toda la entrevista.

De mí, tras aceptar mis disculpas, se despidió dándome un pescozón al tiempo que decía:

—Anda que Dios te lo manda.

9

A raíz de este incidente, tuve un sueño que, cada cierto tiempo, emergía como un recordatorio.

He cazado la lagartija más hermosa de mi vida, con una larga cola que se agita sin cesar, una cabeza triangular y afilada, unos ojillos vivos y una boca que se abre con fiereza.

Su vientre, blanco y blandito, es suave al tacto. En el dorso tiene una banda central de color pardo y otras dos laterales de color verde, que se van tornando azules conforme se acercan al abdomen.

Me dirijo al puerto, que está muy animado durante la mañana, pero que por la tarde es uno de los lugares más solitarios de Ciparsa.

Entre los almacenes, destaca la lonja de pescado con sus cenefas de color albero.

No tengo prisa por llegar. Y, además, debo estar atento a la lagartija, que se retuerce como un contorsionista.

Desde la esquina de uno de los tinglados, contemplo el Atlántico.

Atravieso la parte asfaltada del muelle y me encamino a la que está adoquinada.

En los noráis no hay amarrada ninguna embarcación.

Sólo se escucha el discreto chapoteo del oleaje contra el dique.

Las aguas azuladas, sobre las que cabrillea el sol pespunteándolas de fulgurantes destellos, permiten distinguir el fondo arenoso.

Peces solitarios o en pequeños grupos se desplazan plácidamente de acá para allá.

No lo pienso más y hago aquello para lo que he venido: arrojar la lagartija al océano.

Mientras da vueltas por los aires, diviso una criatura negra que se acerca a una velocidad alarmante.

Atribulado, miro cómo se hunde la lagartija en el agua al tiempo que avanza la

gigantesca anguila con las fauces entreabiertas en lo que me parece una macabra sonrisa.

10

Estudí, ingresé en la administración pública y me instalé en Sevilla sin que el sueño dejara de aflorar regularmente, produciéndome siempre idéntica consternación.

Para poner fin a esta situación, una idea me rondaba la cabeza desde hacía tiempo, pero me sentía incapaz de ponerla en práctica.

Estaba convencido de que carecía de facultades artísticas. Así pues, por temor a meterme en camisa de once varas, pospuse este proyecto sine die, no por desidia sino por inseguridad.

Y acabé resignándome a que la solución me viniese de fuera. Incluso creí encontrarla en un compañero de trabajo.

11

Alejandro Monzón había estudiado Bellas Artes, era pintor y había realizado varias exposiciones.

Era una persona insustancial que soltaba risotadas sin ton ni son, siempre empeñada en mostrarse alegre como si de una obligación se tratara.

Pensé que no le importaría ayudarme. Por mi parte, estaba dispuesto a pagar su trabajo. Se negó a aceptar mi dinero, pero creo que si hubiese insistido un poco más, habría cambiado de opinión.

Reconozco que su manoteo y sus carcajadas extemporáneas me daban mala espina. Y, sobre todo, su atención dispersa que, pese a sus cabezadas de asentimiento, me hacía dudar de que me estuviese escuchando realmente.

Cuando me enseñó el boceto, mis sospechas se confirmaron.

Traté de disimular mi decepción. Lo que estaba contemplando, a pesar de las indicaciones que le había dado, sólo tenía un lejano parecido con lo que le había encargado.

12

Me matriculé en una academia de dibujo, adonde iba tres tardes por semana.

El profesor, Carlos Pineda, tenía fama de cuentista. Era un pintor que no había logrado introducirse en los circuitos comerciales y, por razones de subsistencia, se veía abocado a dar clases.

Pero la enseñanza no le atraía y bien que se le notaba.

A las explicaciones técnicas, las inevitables repeticiones y las tediosas correcciones, prefería las disquisiciones sobre el Arte.

Aunque suplía la profesionalidad con una buena dosis de cara dura, es justo reconocer que, cuando se ponía a divagar, decía cosas interesantes.

Uno de sus ritornelos favoritos versaba sobre nuestra mediatizada visión del mundo y de nosotros mismos. Para recuperar las formas y los colores originales o verdaderos se hacía necesario un proceso que él llamaba de “purificación de la mirada”.

13

El segundo año, cuando ya había alcanzado cierta pericia, expuse a Carlos el proyecto que quería realizar.

Le pareció una idea original y quiso saber la razón, en el caso de que hubiera alguna, por la que había escogido ese motivo.

Dije lo primero que se me vino a la cabeza:

–Conjurar un sueño recurrente.

14

Titulé la obra “El escudo de armas”, que, lógicamente, consistía en un emblema de una gran sencillez, sin adornos exteriores como coronas, collares o banderas.

Tampoco inscribí ninguna divisa aunque pasé un tiempo buscando y, de hecho, disponía de varias.

Mi intención era que primara la estilización y que la composición fuera sobria y equilibrada.

Tuve que hacer y tirar muchos bocetos antes de lograr mi propósito.

Sobre un fondo negro, mirando a la izquierda, pinté de perfil dos lagartijas de cabeza triangular y afilada, ojos vivos y una larga cola curvada, una debajo de otra, enmarcadas en un borde ajedrezado de escaques azules y argentados.

Cuando Carlos me pidió una descripción del cuadro, respondí:

–Dos lagartijas de plata en campo de sable.

Los caracoles

1

Me detuve en el límite del encinar. Ante mí se extendía una vasta pradera. La casa estaba situada en una elevación del terreno que, desde lejos, parecía una meseta en miniatura.

Durante un rato contemplé el hermoso paisaje. Los días de agua y de sol se alternaban y el resultado estaba a la vista.

En la superficie levemente ondulada del herbazal había charcas, en las que proliferaban las plantas acuáticas.

Eché a andar sin prisa. Me hallaba en un peculiar estado de ánimo, en el que se mezclaban la atracción y el recelo.

Las charcas, punteadas de infinidad de florecillas blancas, tan apretadas en algunos lugares que semejabán un mullido tapiz, retenían mi atención.

Cogí una ramita de mastranzo que crecía a orillas de estos aguazales, la estrujé entre los dedos para aspirar su refrescante aroma, y seguí caminando.

Entre tanto verdor, destacaban los ranúnculos de un amarillo brillante.

2

Sin darme cuenta llegué a los pies de la ladera. Despacio, subí y me dirigí a la casa. Su deterioro era mayor del que esperaba. Desde allí arriba se divisaba toda la pradera delimitada por una línea irregular de copudas encinas.

A la cancela del jardín le faltaba una de las hojas y la otra, casi fuera de los goznes, colgaba inclinada.

Los naranjos, membrillos y otros árboles, sin podar desde hacía años, formaban una densa maraña de ramas leñosas.

No se escuchaba ningún pájaro. Pero el murmullo del viento era constante, lo cual no tenía nada de extraño en ese paraje elevado y solitario.

No quedaba rastro de flores. Los animales y los intrusos habían dado buena cuenta de ellas. Sin embargo, el jardín no estaba invadido por la maleza. Tan sólo algunas zarzas habían escalado las tapias y exhibían sus largos tallos espinosos.

3

Conforme me acercaba a la casa por el sendero principal, mayor era mi asombro. La fachada se hallaba cubierta de caracoles.

Nunca había visto tantos en mi vida. Tenía que haber miles y miles.

Yo había venido con la intención de entrar. Como no tenía llave, sólo podía lograr mi objetivo forzando una de las dos puertas que daban al exterior, o escalando la pared y colándome por uno de los tres balcones.

Las dos puertas, en previsión de curiosos y ladrones, estaban provistas de dos barras de hierro con candados de seguridad.

Como había previsto desde un principio, sólo tenía una posibilidad: trepar y entrar por el balcón de la izquierda, el que correspondía a mi antigua habitación. Por este motivo, sabía que el pasador de uno de los postigos no resistiría un empujón. También había que romper el cristal, pero el verdadero e imprevisto problema lo constituía ese inaudito apiñamiento de caracoles.

4

Se trataba de una variedad de tamaño mediano o pequeño, de carne muy apreciada por

los consumidores de estos gasterópodos.

La concha era fina y lisa, blanquecina, con franjas de tonalidad ocre. Se tenía que quebrar con suma facilidad. Imaginé el leve crujido que produciría al ser aplastada. Inevitablemente iba a tener que perpetrar una escabechina.

Los caracoles no me inspiran ningún sentimiento especial. Recordé la reacción de una inglesa a la que unos amigos invitaron a comer. Cuando se asomó a la olla y vio que contenía un guisado de caracoles, esbozó un inequívoco gesto de repugnancia. Luego se apartó con una sonrisa hipócrita.

Cuando caía un chaparrón primaveral, uno de los juegos infantiles consistía en esperar a que escampara para ir a buscar caracoles. Los cogíamos para hacer carreras, a las que eran reacios.

Para animarlos, les cantábamos: “Caracol, caracol, saca los cuernos al sol”. Algunos obedecían y, extendiendo los tentáculos de su cabeza, inspeccionaban el terreno antes de ponerse en movimiento.

5

El irregular conglomerado tenía varias capas de espesor en algunos lugares.

Era la apoteosis de la espiral, que se agrupaba formando racimos, bullones y guirnaldas. Pasé la mano por los barrotes de la ventana de la izquierda y los limpié de caracoles.

Los vanos de la fachada estaban enmarcados en un alfiz de ladrillos rojos, que no eran visibles.

Metí los dedos en esa proliferación de conchas y desprendí un bloque que se fragmentó en multitud de pedazos al chocar contra el suelo.

En parte el alfiz quedó al descubierto. Me encaramé a la ventana e inicié el ascenso.

Pasé un momento de apuro a mitad de camino. Apoyado en el borde de los ladrillos y agarrado a los hierros del balcón, no pude hacer nada para protegerme de una avalancha de caracoles que se abatió sobre mí.

Cerré los ojos y aguanté el desmoronamiento de un lienzo de la falsa pared de moluscos.

Me sacudí y seguí trepando. Finalmente, salté al interior del balcón, que despejé de caracoles. Me quité la mochila y saqué el martillo que había guardado en ella.

6

Rompí el cristal y presioné el postigo, cuyo pasador no encajaba bien. No era cuestión de fuerza sino de habilidad y paciencia.

Cuando cedió el pestillo, las bisagras rechinaron y la hoja se entreabrió con desgana. La empujé y el interior, con manchas de humedad y grietas en el cielo raso, quedó iluminado. Sobre todo había polvo.

Lo que veía no me sorprendió. Era, más o menos, lo que esperaba encontrar.

Giré el tirador, pero la madera de la puerta estaba hinchada y resistió mi primer intento de abrirla. Me hizo falta aplicarme con ahínco para que, con profusión de chirridos, me dejara pasar.

Fue en ese momento cuando empecé a notar algo extraño alrededor de mí.

7

Fue como si algo o alguien me aspirara.

Deseché esta idea fantasiosa. A plena luz del día no podían ocurrir cosas raras.

Me bastó dar algunos pasos para salir de mi error. La sensación de estar siendo atraído por un imán se hizo más intensa. Y esta fuerza magnética iba en aumento,

arrastrándome al exterior. Lo cual no dejaba de tener gracia después del trabajo que me

había costado entrar.

Cuando la atracción se hizo insoportable, dejé que actuase libremente.

En definitiva, fue un alivio verme flotando sobre la pradera.

El aire fresco, las bandadas de pájaros y las charcas rebosantes de vida me hicieron olvidar rápidamente la casa decrepita.

Sobrevolé un arroyuelo bordeado de carrizos con sus plumosos penachos de la temporada anterior. Más allá, inicié el descenso en una zona salpicada de miosotis azulados, en cuyo centro se hallaba ella.

8

Todas las edades parecían confluír en esa mujer de ojos claros (por más que lo intento, no logro recordar si glaucos o dorados), que destellaban como los de un niño travieso.

Tenía el pelo recogido en un rodete y la piel atezada, como si pasase mucho tiempo al aire libre.

Vestía una blusa blanca y un corpiño cerrado con un cordón. La falda estaba adornada con cintas multicolores.

Cuando me habló, pensé, tal era mi desconcierto, que se estaba dirigiendo a otra persona. Pero allí, aparte de nosotros dos, no había nadie más.

Creo que estuvo sermoneándome, aunque no recuerdo sus palabras sino, vagamente, el gesto reprobatorio de quien está echando una regañina.

La torre

1

Los hechos que voy a narrar son extraordinarios. Por temor a que se formasen un concepto erróneo de mí, estuve tentado de crear un personaje y endosárselos. Pero me dije: ¿por qué escurrir el bulto? Mi intención no es impresionar sino ser veraz. Me río de los que hablan de tocar fondo. Yo no lo toqué. La caída fue interminable. Habrá quien exclame: “¡Qué gracioso! Eso no tiene sentido. No es posible estar siempre cayendo”.

Y es cierto. No es posible estar cayendo siempre en la misma dirección, pero ésta puede invertirse y unas veces ir hacia abajo y otras hacia arriba.

Eso fue lo que ocurrió. Unas veces me tragaba el vacío de las profundidades y otras el de las alturas.

Esta absorción se produjo al lado de una torre de sillares ennegrecidos por el transcurso de los siglos. De trecho en trecho, se abría una ventana a través de la cual veía el interior de la torre.

En mis subidas y bajadas tuve ocasión de contemplar las escenas que se desarrollaban en diferentes estancias.

De esta forma fui testigo de una serie de episodios deslavazados.

Bien por falta de tiempo, bien por escapar a mi comprensión, lo único que puedo hacer es consignar lo que vi, sin más explicaciones.

2

Sentados a una mesa desnuda, los dos caballeros hablan sosegadamente de la búsqueda que han emprendido. Comprometidos en cuerpo y alma, esa tarea es su comida y su bebida.

Recuerdan la partida de Camelot y las pruebas que han superado.

Uno de ellos no se ha quitado la armadura. Tan sólo ha levantado la visera del yelmo.

Es quien tiene la palabra.

El otro escucha con atención y asiente. Su lanza y su espada están apoyadas en la pared.

Pronto, esta escena es sustituida por las piedras negras y mojadas de la torre, por la oscuridad circundante, por el vértigo de la caída.

Sentados a una mesa cubierta por un blanco mantel, en la que hay dispuestas bandejas de frutas, tres caballeros con cotas de malla guardan silencio.

Uno de ellos sostiene, en alto, una copa.

Entremezcladas con las manzanas y las peras, hay nueces y almendras.

Los paladines están absortos, como esperando un prodigio o una señal.

En el momento en que era arrastrado hacia arriba, creí ver a un hombrecillo ensangrentado emergiendo de la copa.

3

Un caballero rememora su embarco rumbo a Sarras. Luego habla de la integridad y del valor. A veces se expresa en un lenguaje simbólico o recurre a complicadas metáforas, que dificultan la comprensión de su discurso.

Cuando aluden a una rosa única en un jardín cerrado, sus palabras se nimbaban de misterio y adquieren significaciones contradictorias.

Más abajo, sobre un fondo de pan de oro, un nutrido grupo de personas ataviadas de verde, entre las que hay cuatro vestidas de blanco y tres de carmesí, participa en una reunión que preside, desde su alto sitial, un mitrado.

El cónclave desaparece pronto de mi vista.
En la estancia siguiente predomina el añil.
De hinojos, un poeta ensalza a su amada. Los oyentes, acomodados en los pétalos de una flor, no parecen interesados en el panegírico. En lugar de concentrarse en las morosas matizaciones de un asunto tan complejo como las vicisitudes amorosas, parlotean animadamente entre sí.
Sólo tres bienaventurados con túnicas anaranjadas escuchan con la debida atención. Flotando en una esquina, varios ángeles de alas níveas, gentilmente arrodillados y con las manos juntas, contemplan al poeta de ropaje y tocado azules, que expone su fervor y desgrana sus cuitas en primorosas variaciones.

4

Con la cara llena de gotitas de sudor, yace el hombre vencido por la enfermedad. Sus fuerzas, como soldados de un ejército en retirada, lo abandonan, dejándolo a merced del enemigo.
Nadie podrá decir que no ha luchado valerosamente, pero su extremada palidez es un signo inequívoco del cariz que han tomado los acontecimientos.
En su lecho historiado, apenas puede mantener la cabeza derecha sobre los almohadones que han colocado a sus espaldas.
Por el aposento han desfilado médicos, curanderos, apoticarios, monjes cantores, rezadoras y herbolarios. Incluso una vez trajeron a una loca que echaba espuma por la boca y ponía los ojos en blanco.
Por último, vino un nigromante. Afirmó que él podía curar o, al menos, aliviar al doliente.
Con las manos abiertas y gesto ceñudo, realizó unos pases mágicos sobre el cuerpo del hombre que, debilitado como estaba, no se opuso.
¿Acaso su mal se podía erradicar con triquiñuelas de feria?
En la penumbra reinante, los muebles y las personas se asemejaban a las piezas de un ajedrez y la habitación al tablero donde se decidía la partida.

5

El viejo de pelo blanco se acercó a la ventana y apoyó las manos en el alféizar.
En latín, pausadamente, me dio las instrucciones.
Me dijo que buscara una piedra votiva, en cuya elección debía poner sumo cuidado.
Tras su limpieza, procedería a su ofrenda al “genius loci”.
Mientras caigo de nuevo, hacia arriba o hacia abajo, no lo sé, y la oscuridad se espesa a mi alrededor, oigo una voz que entona una antigua canción.

Un halcón me llevó consigo
Me subió más allá de las nubes
A las mismas puertas del cielo
Un halcón me llevó consigo
Me subió más allá de la luna
A los mismos pies de las estrellas
Un halcón majestuoso
A mi paso por el bosque

El deportivo rojo

1

Nos dirigimos a la vivienda que habían alquilado unos extranjeros en la calle Tercia. No es que Las Hilandarias se haya puesto de moda y haya entrado a formar parte de los “tour operators”. Pero de vez en cuando recalán en el pueblo británicos, alemanes o franceses. Incluso escandinavos. Es el signo de los tiempos.

La idea fue de Esteban. Teniendo en cuenta que a duras penas chapurrea un poco de inglés, su habilidad para relacionarse con todo el mundo es admirable.

Estos visitantes en concreto de cuya nacionalidad no me enteré, no hablaban apenas español. Casi se puede afirmar que no hablaban.

Mi amigo entró como Pedro por su casa, como si fuese uno más de la familia. Su desenvoltura es para mí otro motivo de asombro.

Se coló o nos colamos de rondón. Cruzamos el zaguán, la habitación de en medio y el comedor, desembocando en el patio sombreado por una parra, al fondo del cual había un cobertizo donde estaban los rubicundos forasteros jugando a las cartas.

Nos acercamos y contemplamos durante un rato cómo jugaban en silencio. Nadie dijo nada, ni ellos ni nosotros. Cuando nos cansamos de mirar, nos dimos media vuelta y nos fuimos.

2

Esteban me propuso entonces dar un paseo en coche. Yo pensaba que ni siquiera tenía carnet de conducir.

Respondió a mi gesto de extrañeza con una sonrisa pícaro en la que leí: “En cualquier caso tengo coche”.

Se trataba de un magnífico deportivo rojo.

Como me temía, Esteban era un conductor impulsivo. Rápidamente me arrepentí de haber aceptado su invitación, aun siendo consciente de que habría tomado a mal mi negativa.

Desde luego, montarme en ese bólido con Esteban al volante era una temeridad sin perdón de Dios.

El aerodinámico Alfa-Romeo llegó a Sevilla en un abrir y cerrar de ojos. Tras el vertiginoso viaje, empezamos a recorrer la ciudad como dos turistas ansiosos por descubrir rincones típicos.

Cada vez que Esteban apartaba la vista de la calzada para mirar a un lado o a otro, yo sentía un cosquilleo en el estómago. Su aparente seguridad incrementaba mi inquietud. Sin venir a cuento dio un acelerón. Estas reacciones impredecibles y estúpidas impiden que uno pueda fiarse de él.

Hasta ese momento se había comportado prudentemente, pero en un acceso de hastío decidió tirar por la borda su sensatez.

3

El corazón me dio un vuelco y me rompió un sudor frío. “¿Te has vuelto loco?” grité. Esteban, que se había puesto a adelantar coches de forma suicida, no me escuchaba.

A pesar de los bocinazos e insultos de los iracundos conductores, mantuvo la presión sobre el pedal.

Estaba poseído por un demonio y no atendía a razones. No se podía hacer nada salvo dejar que se estrellara.

¡Pero yo no quería acabar hecho papilla!

Milagrosamente, cuando íbamos a estamparnos en un muro de cemento, logró frenar a escasos centímetros.

Dos policías con cara de vinagre se pararon a nuestro lado y le hicieron a Esteban la prueba de la alcoholemia, que dio negativa.

No había bebido nada. Él hace las locuras y las idioteces completamente sobrio.

Luego los policías le pidieron los papeles y descubrieron con evidente fruición que iba indocumentado.

Arrestaron a Esteban y se informaron de si yo tenía carnet de conducir. Respondí afirmativamente. En vista de mi palidez, me preguntaron si podía hacerme cargo del deportivo rojo. Volví a responder que sí.

4

Miré al Alfa-Romeo como a un enemigo declarado. Intuía que mis problemas no habían concluido.

No me gustaban ni el color ni la forma del coche.

Uno de los policías me aconsejó que buscara un aparcamiento, y que descansara antes de tomar una decisión.

La decisión ya estaba tomada: regresar al pueblo. Pero no estaba en condiciones de viajar hasta que se me pasara el susto. Así pues, seguí la indicación del agente y busqué un lugar donde dejar el deportivo.

En Sevilla no es tarea fácil encontrar aparcamiento y aún menos en el barrio donde estaba. Me senté al volante y empecé a dar vueltas.

A causa de mi nerviosismo y de mi contrariedad me hice un bonito lío con los pedales del coche.

Como dudaba del emplazamiento del freno, del acelerador y del embrague, los pies se me enredaban como si estuviesen marcando los pasos de un baile desconocido.

Pasé junto a la Feria del Libro. En una calle cercana, que era zona azul, encontré una plaza libre.

Me di prisa en estacionar el deportivo y me dirigí al parquímetro en el que introduje el único euro que tenía en el monedero. Eso significaba que disponía de una hora.

5

En cuanto entré en el recinto ferial, me encontré con mi paisano Aniceto Márquez que me enseñó jubiloso un libro sobre el mar Rojo. Era el único que le quedaba para completar la colección.

Espurreando saliva debido a una mella en su dentadura, me habló del mar Negro, del mar Caspio y del mar Muerto sin solución de continuidad. Los conocía tan a fondo que se tenía la impresión de que eran parientes suyos por los que sentía un gran aprecio.

Aniceto, que tiene fama de espabilado, y sin duda lo es, me mostró una vez más el ejemplar recién adquirido y se fue la mar de feliz.

En numerosas casetas exhibían ediciones de lujo, libros de gran formato, magníficamente encuadernados, que contrastaban con las modestas colecciones de bolsillo.

Había también objetos originales y lujosos, innegablemente caros. Un estuche forrado de terciopelo azul con tres mazos diferentes de cartas de tarot atrajo mi atención.

6

Tras mi visita a la feria busqué una cafetería por los alrededores sin encontrar ninguna de mi agrado.

Andando de acá para allá acabé extraviándome y preguntándome qué hacía en una desconocida galería comercial adonde había ido a parar.

Salí a una calle peatonal pavimentada de losas blancas. Contemplé a los viandantes que paseaban tranquilos, y más lejos los árboles de un parque cuyas copas oscilaban levemente.

Ése era el lugar idóneo para relajarse. Pero las piernas se me pusieron pesadas. A medida que me acercaba, el esfuerzo que debía realizar era cada vez mayor.

Si andaba despacio, podía seguir avanzando con dificultad, pero en cuanto aligeraba el paso, los pies se quedaban clavados en el suelo.

Mi situación empeoró cuando miré el reloj. La hora de estacionamiento había transcurrido, de forma que podían ponerme una multa e incluso retirar el vehículo.

La bomba de relojería de la angustia empezó a hacer tictac en mi pecho.

Tenía que irme, salir de la ciudad. Ante mi vista nublada se extendía la carretera como una promesa de libertad. Mis manos sudorosas se agarraban a un volante imaginario.

Soñaba con el viento que entraba por la ventanilla.

Di media vuelta y, luchando contra mi disnea y mi parálisis, confiando más en mi instinto de supervivencia que en mi sentido de la orientación, me dirigí a la calle donde había aparcado el deportivo rojo.

La hoya

1

En cuanto me enteré, salí corriendo para verlo con mis propios ojos. Si era verdad, me llevaría un buen disgusto. Tal vez fuera una exageración.

Los vecinos son muy dados a hiperbolizar y a tergiversar. Es una actitud incomprensible e irritante. De lo que me cuentan creo la mitad o todavía menos, según el informante.

Hace tiempo que mi candidez se esfumó y que dejé de tomar al pie de la letra las fantasías y delirios de los hilandarios.

La fuente de la Catana, situada entre la carretera a Besoto y las últimas casas del pueblo, es un lugar con historia. Hay lienzos de muros y cimientos de villas romanas.

El agua de la fuente da nacimiento a un arroyo bordeado de berro, mastranzo y plantas aromáticas. Sombreadan sus orillas álamos plateados que hacen más ameno este paraje al que íbamos a jugar cuando salíamos de la escuela, y a pasear y charlar en nuestra adolescencia.

2

Por una vez la noticia se ajustaba a la realidad. Una hoya gigantesca se había tragado el manantial, los restos arqueológicos, las rocas y los árboles.

Contemplé espantado esa depresión profunda y desolada, ese cráter inhóspito sin rastro de verdor. Parecía como si hubiese caído un meteorito calcinándolo todo.

Los numerosos curiosos comentaban con voz incrédula cómo había podido formarse semejante agujero de la noche a la mañana.

El Sapo estaba también allí. Se trata de un individuo cobardón, de verborrea ininteligible, aficionado a gastar bromas pesadas cuando se siente respaldado por otros o protegido por el anonimato.

Se acercó con los carrillos hinchados por la risa que a duras penas podía contener. Al parecer ese desastre le hacía gracia. Venía acompañado de tres amigos.

Instintivamente me retiré del borde de la hoya.

El Sapo se detuvo a escasa distancia de mí y se cruzó de brazos. Era la personificación de la indignidad.

No dijo nada ni yo tampoco, como si no nos conociéramos.

De vez en cuando volvía la cabeza y lanzaba una mirada de connivencia a sus acompañantes. Como recordaba bien de nuestra infancia, era el mismo gesto de incitación que utilizaba para perseguir a un niño y correrlo a pedradas.

Observé que su cara cambió de expresión adquiriendo un aire bovino. De repente yo había dejado de interesarle. Incluso retrocedió algunos pasos y luego se alejó a toda prisa.

De la hoya salían escarabajos negros de brillo metálico, ciempiés que se desplazaban presurosos, hormigas de descomunales mandíbulas que avanzaban en desorden, cucarachas rubias de largas e hiperactivas antenas...

Al museo

1

Viví en Huelva varios años, en el animado barrio de Isla Chica. Mi piso, en una tercera planta sin ascensor, estaba cerca del estadio de fútbol.

Huelva fue un refugio. No es que yo huyese de nada. En cualquier caso, en esa ciudad provinciana me sentía relajado y fuera del alcance de viejas historias.

Un día, dos amigos y yo fuimos a visitar una exposición histórica en el museo.

El ambiente primaveral, los jacarandos en flor y la placidez de esa hora invitaban a disfrutar del paseo en silencio.

A mi derecha iba Román, que tiene el raro don de saber escuchar. Sonriente y reservado, las preguntas personales lo incomodan. Pero tras sus buenas maneras se descubre a alguien decidido y disciplinado. Si tuviera que destacar un rasgo de su personalidad, señalaría la firmeza.

2

El encuentro se produjo a la altura del barrio de los Ingleses.

Ella esbozó una sonrisita que interpreté como: “¡Te pillé!”.

Venía de frente, acompañada de dos jóvenes a las que seguramente iba aleccionando, una a cada lado.

Qué podía estar haciendo María Rosa en Huelva.

Tras los saludos y presentaciones me entraron unas ganas locas de largarme.

No sabía de qué hablar ni qué actitud adoptar.

Como María Rosa disfruta con las situaciones difíciles, fue ella la que llevó la batuta.

Cuando me llegó el turno de intervenir, no desaproveché la ocasión de meter la pata.

Saqué a colación a su hermana, a la que había visto recientemente en Sevilla. A continuación recordé que las relaciones entre ellas eran tirantes.

3

¿Y qué hacía allí? Acabé preguntándole.

Sus dos amigas y ella iban al museo. El corazón me dio un vuelco.

“¿Al museo?” repetí estúpidamente.

En realidad quería decir que iban en dirección contraria. Mis dos amigos guardaron silencio también.

Durante un rato María Rosa nos informó de la interesante exposición histórica recién inaugurada, que era el motivo de su presencia en Huelva.

Luego vinieron las despedidas. Ellas siguieron su camino y nosotros el nuestro.

La procesión

1

Los habían colocado en la habitación de en medio, larga y alta. El suelo era de ladrillos pulidos y barnizados.

Era un lugar fresco y acogedor, con el techo de madera, espejos, cuadros y una vitrina. Entre los dos ataúdes había un cirio encendido que arrojaba una luz dorada a su alrededor.

Las sillas adosadas a la pared estaban vacías.

Me acerqué y contemplé el cadáver de mi padre. Permanecí un rato inmóvil, sin pensar en nada.

Me sobresalté cuando me llamaron.

Aparté la mirada del rostro de mi padre y la fijé en la puerta. Enseguida apareció el tío Julio.

Ni siquiera iba a dejarme tranquilo en estos momentos. ¿Qué tripa se le había roto ahora? ¿A qué debía ayudarlo? ¿Adónde tenía que ir sin falta?

2

Los familiares y amigos fueron llegando y sentándose en las sillas. A la cabecera de los ataúdes estaban mi madre y las tías.

Había un rumor de fondo procedente de la calle.

Cuando llegó la hora de transportar los féretros a la iglesia, que era de donde partiría la procesión, el tío Julio repartió las doce almohadillas.

Doce hombres se las pusieron en el hombro y cargaron con las cajas.

3

En la iglesia sólo había ataúdes. Ni bancos, que habían retirado y amontonado en el patio, ni acompañantes, que esperaban en la calle donde formaban una multitud compacta.

Por fin apareció un monaguillo con una cruz. La gente se dividió y abrió un pasaje.

Luego salió el cura y otro monaguillo que llevaba un acetre.

Detrás empezó el desfile de ataúdes de dos en dos. Cuando todos estuvieron fuera, los deudos con coronas de siemprevivas ocuparon sus puestos y el cortejo se puso en marcha.

El gato-tigre

La exhibición tuvo lugar en la plaza del pueblo. La gente guardaba una prudente distancia. Yo estaba en una esquina y, como el resto de los vecinos, contemplaba con aprensión y curiosidad las manipulaciones del domador.

El gato fue elevándose por los aires hasta alcanzar una altura considerable. El domador, con los brazos extendidos, mantenía flotando al felino en el vacío.

El hombre se quedó inmóvil en esa postura, sin apartar la mirada del gato, al que no parecían gustarle esos manejos.

Mi impresión era que estaba siendo forzado a realizar esas acrobacias aéreas.

El domador puso en movimiento al animal, desplazándolo hacia la esquina en la que me encontraba.

El gato tenía los pelos erizados, tiesos los bigotes que eran de una longitud extraordinaria, los ojos contraídos en una ranura amarillenta y feroz...

A medida que se acercaba iba aumentando su tamaño. O mejor dicho, iba adquiriendo la apariencia de un tigre.

Este fenómeno produjo una gran agitación en el público, que no se tranquilizó hasta comprobar que sólo era un gato enorme.

La piel de su cara estaba atirantada como la tela de una cometa. Este estiramiento reforzaba el efecto de tigre enfurecido.

No me cupo duda de que, si por él fuera, saltaría sobre nosotros y nos sacaría los ojos.

El domador, trazando figuras en el aire, lo bajaba, lo subía, lo llevaba, lo traía.

Finalmente, con cuidado, lo metió en una jaula.

Cuando el animal se vio libre de la influencia telepática, se abalanzó sobre los barrotes y los mordió.

Luego, bufando y mostrando sus agudos colmillos, sacó una pata y arañó el vacío repetidamente.

El hombre esbozó una sonrisita y adoptó la pose de brazos y manos extendidos.

Al gato se le puso una espantosa cara de tigre. Haciendo caso omiso de esa reacción, el domador lo volvió a sacar de la jaula para ofrecer una segunda demostración.

Mientras planeaba otra vez por encima de nosotros, me percaté de los improbables esfuerzos del gato para escapar al poder que lo sojuzgaba. Sus músculos estaban sometidos a una tensión extrema.

Venciendo la rigidez de sus miembros, logró girar la cabeza. Luego arqueó ligeramente el lomo y recuperó la movilidad de una de las patas...

Ramana

1

Formábamos un grupo variopinto aunque algo tendríamos en común al embarcarnos en un viaje a la India.

Fuimos de Madrid a Bombay en un vuelo chárter. No se trataba de una visita turística. Nuestro destino era un ashram. El ashram dirigido por Ramana.

Había leído todos los libros de este maestro al que profesaba una gran admiración. Ahora iba a tener la oportunidad de conocerlo personalmente.

El ashram me produjo una impresión decepcionante. Una explanada con algún que otro árbol raquíptico se extendía delante de la residencia con un porche de madera, donde se instalaba el maestro para dar sus charlas. Los discípulos se sentaban en el suelo, al sol ligero o resguardados bajo una sombrilla.

Allí aguantaban el calor con tal de escuchar a Ramana o de verlo tan sólo, pues no siempre hablaba.

Cuando llegamos, nos dijeron que el maestro estaba en el estanque, detrás de la residencia. Queríamos presentarle nuestros respetos y ser admitidos en la comunidad. En la parte trasera había un jardín con árboles frondosos y muchas plantas. Vimos el estanque rectangular pero ni rastro de un ser humano.

El indio que nos acompañaba nos explicó que Ramana estaba sumergido en el agua. Una flor de loto indicaba el lugar exacto de la inmersión. Era una flor rosada con todos los pétalos abiertos.

Nuestro guía nos invitó a imitar al maestro. El desconcierto debió pintarse en nuestros rostros, pues se apresuró a aclarar que el agua no cubría.

Esa propuesta me parecía ridícula. De hecho, sospechaba que nos estaba dando una novatada.

Mis compañeros estaban también indecisos. El indio nos miraba sonriente.

Primero uno y después otro nos fuimos metiendo en el estanque. A fin de cuentas no habíamos hecho un viaje tan largo para hacer remilgos.

2

Al cabo de un buen rato de estar en remojo lo vimos acercarse por uno de los caminos del jardín.

No fui el único que se quedó perplejo. Ni en libros ni en revistas aparecen fotografías de Ramana. Ninguno de nosotros esperaba encontrar un hombre joven, delgado, de grandes ojos expresivos y labios finos. Con la cara perfectamente rasurada y el pelo corto, al pronto se le podía confundir con un muchacho.

Desde luego no era el gurú que pensábamos encontrar.

Vestía pantalones beis y una camisa blanca que contrastaba con el tono oscuro de su piel.

A pesar del cuadro cómico que ofrecíamos nos contempló con seriedad. Luego nos preguntó en inglés cuál era nuestra nacionalidad. Al enterarse de que éramos españoles nos dijo en nuestra propia lengua que él había vivido en Buenos Aires.

Desde esa primera entrevista nuestra devoción por Ramana no ha hecho más que aumentar.

Se podría decir que su actitud nítida y su trato correcto nos han defraudado gratamente. Esperábamos escuchar de sus labios las enseñanzas que nos habían seducido en sus libros, pero Ramana no es amigo de soltar sermones. Cuando se sienta en el porche con las piernas cruzadas no habla gran cosa. Prefiere guardar silencio.

Desde que estoy en el ashram no he leído ni escrito nada. La vida se ha desprendido de lo superfluo, del maquillaje que la enmascara.

La hora de mi partida está cada vez más cercana. Algunos compañeros ya se han ido.

Otros nos resistimos y nos volcamos en las tareas cotidianas.

Ramana se ha eclipsado. No es que antes lo viésemos a menudo, pero presentíamos que velaba por nosotros.

Ha llegado el momento de que cada uno haga ese trabajo por sí mismo. Resulta difícil dilucidar este proceso que se ha desarrollado prácticamente sin palabras. La presencia física es la única explicación que se me ocurre.

El día de mi marcha Ramana estaba ilocalizable, así que no pude despedirme de él. Al indio que nos recibió le pregunté si el maestro estaba meditando en el fondo del estanque.

Mientras me dirigía al aeropuerto, cerré los ojos y apareció un muchacho moreno y espigado. Con paso seguro avanzaba hacia mí por uno de los caminos del jardín.

No me toques

1

Estaba tirado en el suelo, en mitad de la calle, mascullando palabras ininteligibles. No podía levantarse. Se lamentaba mirando a su alrededor en busca de ayuda. Ni siquiera tenía fuerzas para arrastrarse y ponerse a un lado.

Era bastante tarde. En otras ocasiones lo había visto dando tumbos, pero no en un estado tan lastimoso como el de ahora.

Sus ojos suplicantes me produjeron un rechazo brutal. Extendió un brazo hacia mí.

Haciendo un gran esfuerzo intentó hablar, pero de su garganta sólo salió un ronquido.

Como el estertor de un moribundo.

Entendí una palabra. Dijo: “Muchacho”, que repitió mientras yo me alejaba.

2

Este hombre se llama Boris y vive solo, no lejos del lugar donde lo encontré.

Como el buen samaritano, podía haberlo ayudado a levantarse y haberlo llevado a su casa. Incluso haberlo echado en la cama para que durmiera la mona.

Pero pasé de largo. Boris es un desecho social. Por nada del mundo le hubiese tocado.

Hostigado por los gimoteos de ese solterón alcoholizado con una perenne colilla entre los labios, seguí mi camino más de prisa.

3

Este incidente sepultado en el olvido resurgió de forma imprevista.

Estábamos bebiendo ginebra y hablando de la claridad existencial. Tengo poco aguante y, además, no había comido. El espirituoso se me subió rápido a la cabeza. Me puse pesado. Me sentía infeliz. Nunca alcanzaría la meta que me había propuesto en la vida. Nunca mis sueños se harían realidad.

Mi amigo Carlos escuchaba pacientemente. Cuando metía baza, era para tratar de rebatir mis argumentos.

Sin proponérmelo, pillé una buena cogorza. Al andar me iba de un lado para otro. En uno de esos bandazos no di con mis huesos en tierra porque Carlos, cogiéndome por un brazo, lo impidió.

Mi reacción fue instantánea: me solté de un tirón y lo miré de hito en hito.

4

Apoyado en la pared, logro mantener el equilibrio.

Cuando extendió de nuevo sus brazos para ayudarme, mi cólera se convirtió en agresividad.

Que no se atreviese a tocarme. Que no se acercase a mí.

No había dado más de tres o cuatro zancadas cuando tropecé con el bordillo de la acera y pegué un batacazo.

Me incorporé lo más rápidamente que pude, pero ponerme en pie estaba por encima de mis posibilidades.

Arrastrándome llegué hasta la pared cercana, en donde me recosté.

No sé cuánto tiempo permanecí allí. Era bastante tarde. Lo último que recuerdo es una arcada y la vomitona.

Un viaje al sur

Rufo Fernández llegó a Argentina hace muchos años. De mediana edad, amable y servicial, este asturiano soporta las bromas sobre su soltería con buen humor, consciente de su improbable cambio de estado civil.

El panorama es magnífico. El mar encrespado y gris se extiende ante Rufo. Por encima de su cabeza, los nubarrones parecen otro mar igualmente gris. El restallar de las olas se mezcla con los gritos de las aves marinas.

En la playa, las gramíneas se doblan y se enderezan sin descanso. Detrás de las dunas están las casas de madera.

Cuando los Leyva lo invitaron a pasar unos días en el sur, no lo dudó un momento. Era un viaje largo, pero valía la pena. Sentía una atracción inexplicable por esa región meridional. “Un sur que para mí es un norte” se decía.

Había hecho el trayecto en avión desde Buenos Aires con unos amigos de los Leyva, que tenían también una casa de madera en esa remota región, adonde iban en cuanto podían permitírselo.

A Rufo le resulta difícil comprender que una pareja tan habladora y extrovertida como los Falcón se refugie en este lugar, al que le cuadran muchos adjetivos, pero no el de turístico.

Se vuelve y contempla a los dos matrimonios. A su lado, sobre unas trébedes, hay un caldero en el que se hace un guiso de pescado. Las llamas del fuego y los largos tallos de las gramíneas bailan al unísono.

Mónica Leyva mira cómo burbujea la bullabesa, aspira su aroma y hace un comentario. Rufo se acerca al grupo y dice: “Sólo pensáis en comer”. Él aprecia la buena mesa, pero hoy no para de dar vueltas a un asunto.

Tiene noticia de una playa donde vive una colonia de pájaros bobos.

Los Leyva y los Falcón lo escuchan y, aunque no comparten su interés, acceden a hacer la excursión.

Hay pájaros bobos por todos sitios. Con sus largos y afilados picos. Moviendo la cabeza a un lado y a otro.

Rufo es el único que se adentra en esa aglomeración de aves. Va de aquí para allá hasta que se pierde detrás de un montón de rocas.

Y ahí está, al socaire. Con sus ojos redondos en su cara redonda. Con su nariz pequeña y ganchuda. Con el firme trazo de sus labios apretados. Erguido e inmóvil. Sin parpadear. Con un cuervo de brillante plumaje en las manos.

Un viaje al norte

En lugar de venir a recogernos a la puerta del hotel, somos nosotros quienes tenemos que desplazarnos con las maletas y las bolsas hasta el autocar, aparcado en un extremo de la explanada.

Nadie protesta ni pide una explicación. La buena actitud de nuestro grupo es ejemplar. Rita, desentendiéndose del equipaje, habla con unos y con otros. Creo que ya conoce a todos los viajeros. Si se lo pidiera, me suministraría abundantes datos sobre cada uno de ellos.

Miro con ojo crítico la gran maleta roja que ella ha hecho a toda prisa. Remeto el pico de una prenda que sobresale, y aprieto las correas que están flojas.

Los turistas se dirigen al autocar. Aunque no la veo, supongo que Rita va con ellos. El caso es que me ha dejado con la maleta, la bolsa y el neceser. No me muevo. ¿Acaso piensa que soy su mozo de cuerda?

Observo cómo los viajeros entran y se acomodan en el vehículo, que ya está en marcha. Cuando sube el último, cierra sus puertas y se aleja primero lentamente, luego a una velocidad cada vez mayor hasta perderse de vista.

¿Qué hago aquí, en este lugar del que no recuerdo ni el nombre? Sólo sé que está cerca de la frontera boliviana. Eso y que me he quedado en tierra.

Mi padre tenía también una habilidad especial para perderse. Hace años que no tengo noticias suyas. Su última carta fue enviada desde este confín del mundo.

Tras esperar un rato, llamo a un taxi que me lleva a la estación donde cojo un autobús. Mientras contemplo el páramo desolado, empiezo a entrever la razón de este disparatado viaje, que no es el ansia de pintoresquismo de Rita por quien suponía me había dejado arrastrar.

Estoy seguro de que mi padre no tiene oficio ni domicilio fijos. Lo más probable es que viva dando tumbos. No me extrañaría que sus actividades rozasen lo delictivo, que a veces tuviese que huir o esconderse, en el caso de que los años le permitan ese ajeteo.

Decido iniciar mis pesquisas recorriendo tabernas y garitos. Allí donde disponga de una oreja condescendiente, puedo encontrarlo desgranando sus infinitas historias.

Me bajo en la primera parada, sin preocuparme del equipaje que es un estorbo.

En este pueblo tendré que pasar la noche.

Callejeando llego a una plaza cuyos soportales están divididos en pulcros habitáculos. Las camas están hechas con esmero y las escasas pertenencias de sus ocupantes están ordenadas.

En cuanto a los niños, guardan una curiosa compostura. No gritan ni corren. No arman jaleo. Algunos están recostados en los pilares. Otros están de pie en mitad de la plaza. Tranquilos y callados. Esperando la hora de irse a dormir.

El trascuarto

La casa tenía gruesos muros que no dejaban pasar ni el calor ni el frío, numerosas habitaciones, un soberado por donde se oía corretear a los ratones, un patio y un corral con varias dependencias. Era una casa en la que uno podía perderse fácilmente.

Entre tantos aposentos y rincones, ¿por qué escogí precisamente éste, solado con ladrillos renegridos y cruzado de viejas vigas de madera? Era de dimensiones normales y tenía una ventana pequeña que daba a una calle poco transitada.

Era un lugar tranquilo y penumbroso. La mayor parte del tiempo que permanecía allí, estaba con la luz encendida.

Este cuarto apartado comunicaba con otro más profundo, que no tenía ninguna otra salida.

Oscuro, sin ventilación, con olor a humedad, allí se amontonaban objetos inservibles y muebles desvencijados.

Una cortina separaba el cuarto del trascuarto. Aunque no hubiese corrientes de aire, a veces se movía. Sus pliegues cobraban vida. Una ondulación recorría a la cortina que hacía amago de entreabrirse. Un temblor que me dejaba con el aliento en suspenso y los ojos fijos en la tela de sarga.

Nunca le daba la espalda al trascuarto. Cuando me sentaba a la mesa, situada en el centro de la habitación, la cortina quedaba a mi derecha. Incluso cuando me levantaba para ir a la estantería a coger un libro, o para estirar las piernas, no la perdía de vista.

Una vez me quedé dormido en la butaca. Cuando desperté, había anochecido. Quedé paralizado. La boca del trascuarto se había difuminado. Me vino un olor a moho y a ranciedad. En esa atmósfera enrarecida percibí una amenaza.

Adquirí la costumbre de inspeccionar el trascuarto antes de ponerme a leer o a escribir. Descorría completamente la cortina y entraba, deteniéndome de inmediato a causa del tufo a cerrado.

Cuando mi olfato había asimilado ese olor, efectuaba mi visita a la luz de una linterna.

Años después –yo ya no vivía en la casa-, ese ala fue objeto de una reforma. Cuando me lo comunicaron por teléfono, tomé la decisión de regresar.

Quería ser testigo de cómo destejaban el trascuarto y lo dejaban expuesto a la acción del sol y del viento. Quería contemplar cómo el aire viciado de esa cámara oscura se diluía en el fresco día primaveral.

Mi abuela

1

Hay señales de un significado tan palmario que hasta un párvulo las interpretaría correctamente. Señales que acaparan tu atención obligándote a hacerte cargo de lo que con tanta vehemencia pregonan.

En Las Hilandarias menudean estos anuncios. Para mí tengo que son más frecuentes que en otros lugares. Tal vez forman parte del folclore local.

Un silencio plúmbeo, en paradójico contraste con el límpido azul del cielo, los precede. ¿Cómo pueden ocurrir hechos aciagos bajo un cielo tan espléndido?

No se escucha ni el ladrido de un perro, ni el impropio de una comadre deslenguada, ni el ruido de una persiana agitada por el viento.

Caminar por Las Hilandarias envuelto en este silencio sepulcral es una experiencia que pone los pelos de punta.

No se ve a nadie. No me cruzo con nadie. Las Hilandarias, por arte de birlibirloque, se ha convertido en un pueblo fantasma. Convencido de que sobre él planea una desgracia, sigo andando.

Al doblar la esquina de Teresita Matute, tirado en mitad de la calle, descubro el carro de la compra de mi madre. Regresaba a casa, pero, por alguna razón, lo abandonó en plena vía pública.

Ni siquiera se tomó la molestia de dejarlo pegado a la pared o en casa de una vecina (en Las Hilandarias nos conocemos todos).

El contenido del carro está desparramado en el suelo. Los tomates y las naranjas son los que han rodado más lejos. Las cebollas, que forman parte también de esta avanzadilla hortofrutícola, se han quedado rezagadas.

Atrás hay cabezas de ajo mezcladas con pimientos verdes. Un puñado de habichuelas rodea a un trozo de calabaza. Más allá una lechuga atada con un filamento de palmito y una coliflor están la una al lado de la otra.

En la misma boca del carro se encuentran los envoltorios entreabiertos con los avíos del cocido: la carne, la morcilla y el tocino. Dentro, pero visible desde el exterior, hay un pan dorado con acanaladuras.

2

Durante un rato, sin preguntarme nada, contemplo ese cuerno de la abundancia. Quizás debiera recogerlo todo y llevar el carro a casa. Puede venir un perro, pienso mientras miro los alimentos sin mover un dedo.

Un rumor, cada vez más intenso, me saca de mis cavilaciones. Me recuerda el lejano fragor de un trueno. Vuelvo la cabeza a un lado y a otro. Las calles siguen desiertas. El ruido, sin embargo, va en aumento. Ahora me recuerda el de una estampida de animales. Instintivamente me acerco a la pared. Luego subo al umbral de la casa de Teresita Matute.

La calle Tejano es ancha y no demasiado larga. Su tramo final se estrecha y desemboca en las afueras del pueblo, cerca de Los Albercones. Por ahí la veo venir.

Comprendo de inmediato lo que está pasando.

Mi abuela va la primera. Detrás de ella, los hilandarios forman un río tumultuoso, un monstruo de incontables cabezas y extremidades.

Mi abuela ha vuelto a liarla. Cada vez que esto ocurre, se organiza un guirigay espantoso. Unos quieren ayudar, otros divertirse. El caso es que en la persecución participan casi todos los habitantes del pueblo.

A pesar de sus años, mi abuela se conserva ágil y corre como un gamo. Cuando les saca ventaja, la mantiene durante mucho tiempo, de modo que numerosos vecinos, con la lengua fuera y fuertes dolores en el costado, se ven obligados a tirar la toalla. Atrapar a mi abuela, ignoro por qué motivo, es un honor que todos ansían alcanzar. A su paso, esa masa humana destrozó el carro de la compra y despachurró los alimentos. Mi abuela había esquivado esos obstáculos. Su respiración era regular y su determinación inquebrantable. Me emocioné y me entraron ganas de mostrarle mi apoyo, pero soy un sosaina y me limité a mirar.

3

Durante un rato, sin preguntarme nada, contemplo ese cuerno de la abundancia. Quizás debiera recogerlo todo y llevar el carro a casa. Puede venir un perro, pienso mientras miro los alimentos sin mover un dedo.

Un rumor, cada vez más intenso, me saca de mis cavilaciones. Me recuerda el lejano fragor de un trueno. Vuelvo la cabeza a un lado y a otro. Las calles siguen desiertas. El ruido, sin embargo, va en aumento. Ahora me recuerda el de una estampida de animales. Instintivamente me acerco a la pared. Luego subo al umbral de la casa de Teresita Matute.

La calle Tejano es ancha y no demasiado larga. Su tramo final se estrecha y desemboca en las afueras del pueblo, cerca de Los Albercones. Por ahí la veo venir.

Comprendo de inmediato lo que está pasando.

Mi abuela va la primera. Detrás de ella, los hilandarios forman un río tumultuoso, un monstruo de incontables cabezas y extremidades.

Mi abuela ha vuelto a liarla. Cada vez que esto ocurre, se organiza un guirigay espantoso. Unos quieren ayudar, otros divertirse. El caso es que en la persecución participan casi todos los habitantes del pueblo.

A pesar de sus años, mi abuela se conserva ágil y corre como un gamo. Cuando les saca ventaja, la mantiene durante mucho tiempo, de modo que numerosos vecinos, con la lengua fuera y fuertes dolores en el costado, se ven obligados a tirar la toalla.

Atrapar a mi abuela, ignoro por qué motivo, es un honor que todos ansían alcanzar.

A su paso, esa masa humana destrozó el carro de la compra y despachurró los alimentos. Mi abuela había esquivado esos obstáculos.

Su respiración era regular y su determinación inquebrantable. Me emocioné y me entraron ganas de mostrarle mi apoyo, pero soy un sosaina y me limité a mirar.

Un cuento cruel

En la casa materna había un limonero punteado de hermosos frutos amarillos, donde bullía una legión de gorriones en las largas tardes de verano.

El árbol ocupaba un puesto de honor en el primer patio, el de los fragantes arriates de hierbabuena, el de las macetas de colios y cintas pulcramente alineadas, el del jazmín y las arboleras, el de la vinca de pétalos blancos o rosas, llamada por estos pagos la flor del príncipe.

Un día descubrí atónito que los gorriones habían anidado en el alcorque del limonero. Entre los largos y flexibles tallos del corre-que-te-pillo, había varios nidos con polluelos de picos amarillos, que tenían abiertos de par en par, como si estuviesen esperando el maná del cielo.

Sus desmedrados cuerpecillos, con la cabeza apuntando hacia arriba, estaban propulsados por un rítmico movimiento de sube y baja que recordaba la sístole y la diástole del corazón.

Me quedé clavado en el suelo, contemplando a esas criaturas cubiertas a medias por una pelusa grisácea.

Mostraban una actitud exigente que no era de mi agrado. ¿Cómo unos seres tan pequeños y torpes, que agitaban patéticamente los muñones de sus alas, incapaces de revolotear o desplazarse, se atrevían a reclamar nada?

Un impulso cobró forma dentro de mí. Sería tan fácil cerrarles el pico, me dije mirando la manguera.

Su proceder inadecuado merecía un escarmiento. La idea de aplicarles un correctivo se impuso por sí sola.

Mientras más miraba a esos gurriatos bajo cuya piel se señalaban los huesecillos, menos me gustaban. Quizá la sencilla solución sería dejar de mirarlos.

Pero no puedo. Me tienen fascinado.

Un pensamiento surge en mi cabeza como la explicación definitiva a tanta desfachatez: se creen con derecho a la vida.

Y yo sigo allí, convertido en estatua de sal, sintiendo cómo se intensifica el impulso.

¿Qué pasaría si enchufase la manguera? Nadie se enteraría.

Esa tentación me produce embriaguez. No obstante, algo me impide perpetrar la escabechina. Quizá la resistencia a tener que recoger los pequeños cadáveres y tirarlos en un rincón apartado.

¿Qué hacer entonces?

Ya lo tengo: meterlos en cajas de cartón con las tapaderas agujereadas para que puedan respirar.

Serán mis prisioneros. Por mucho que se desgañiten piando, les daré de comer y beber una vez al día. Eso es suficiente, según he oído decir a las personas mayores.

Y que se den por contentos porque les estoy perdonando la vida.

El iconoclasta

1

Mario era el sùmmum de la normalidad. Trabajaba en un banco donde tenía justa fama de empleado modelo. Mario era ejemplar no sólo laboralmente sino en todos los aspectos. Estaba casado y tenía dos hijos.

Lo conocía del banco. Su trato con los clientes era el que cabe esperar de un profesional. Pero él llevaba su amabilidad más lejos. Cuando se cruzaba contigo en la calle, te saludaba con una sonrisa o con una leve inclinación de cabeza y te hacía una pregunta pertinente.

Sus gestos y su interés eran naturales. No había ningún motivo para pensar lo contrario. Su comportamiento respondía a un movimiento espontáneo del alma que lo llevaba a ser atento con todo el mundo.

2

El asunto salió en los periódicos provocando una conmoción en el barrio. A la gente le gustan esos escándalos que rompen la rutina y ponen una nota de color en tantos días grises.

Esos acontecimientos imprevistos son un pretexto para dar rienda suelta a nuestra morbosidad. Nos permiten indignarnos y despotricar. Nos permiten abandonarnos a nuestros demonios que están siempre al acecho.

Mario era un ciudadano de costumbres regladas. Un émulo de Kant, de quien se cuenta que pasaba siempre puntual por las mismas calles cuando iba o venía de la Universidad de Königsberg, de forma que los vecinos aprovechaban su paso para poner en hora los relojes.

Vestía correcta y discretamente. En invierno usaba una gabardina cruda que desentonaba en una ciudad como Sevilla donde llueve más bien poco.

3

Nadie podía imaginar que albergara un odio tan furibundo. Casualmente me hallaba en la calle San Jacinto ese día.

Mario, con porte marcial y a buen ritmo, se dirigía al banco. Al cruzarnos, inclinó la cabeza y me dio los buenos días. Luego escuché el ruido de una pedrada. Me volví. Mario había roto el escaparate del estudio fotográfico. Luego sacó un garrote de debajo de la gabardina y acabó de cargarse el cristal.

El estudio estaba especializado en bodas y primeras comuniones. En el momento del destrozo, exhibía a varias madrinas coronadas de peinetas de carey y envueltas en mantillas de blondas mirando al infinito. Fotos de un cumpleaños, entre las que destacaban las dedicadas a la tarta: un bizcocho recubierto de mantequilla y adornado con guindas azucaradas rojas y verdes, anises y trocitos de avellanas, más las velitas correspondientes. Y otras imágenes estereotipadas.

Mario cogió con ambas manos una ampliación de una pareja de novios. Ella estaba apoyada gentilmente en una balaustrada. Él la contemplaba con arrobó. Mario lanzó la foto en mitad de la calle donde fue arrollada por un coche.

Luego les llegó el turno a una niña vestida con una blusa de lunares y el ombligo al aire, y a los comulgantes, de los que había una buena colección en diferentes posturas: con la cabeza hacia arriba, con la cabeza hacia abajo, con las manos juntas, con las puntas de los dedos rozando la barbilla, muy serios, muy en su papel, muy hombrecitos y mujercitas.

4

Mario estaba poseído. Tiraba las fotos al suelo y las pisoteaba. De su cólera jupiterina no se salvó nadie.

Dos guardias municipales acudieron a todo correr y pusieron punto final a ese ataque de locura. Sujetaron a Mario por los brazos y lo apartaron del escaparate.

No opuso resistencia. Se entregó sin forcejear. Su respiración era acezante. Un cerco de espumilla blanca circundaba su boca. Temblaba.

Sé que no es posible, pero me pareció oír o sentir los violentos latidos de su corazón.

¿Qué pájaros son esos?

Íbamos a echar un magnífico día de campo. Nos dimos cita en una plaza de Las Hilandarias. Reinaba el buen humor. Una comida al aire libre es un acontecimiento festivo.

Entre risas y bromas esperamos a que llegasen todos para ponernos en marcha. Nos dirigimos andando a un lugar situado a cuatro kilómetros del pueblo, en la dehesa Boyal, a orillas de un arroyo flanqueado de adelfas y rosales silvestres.

Aunque al principio discutimos sobre dónde vamos a ir, al final siempre acabamos en ese paraje, por el que tenemos querencia.

Una buena parte del camino discurre entre dos muretes de piedras sueltas. En el cielo, hay nubes blancas que se alargan y curvan en incipientes espirales. El aire frío y la atmósfera transparente tonifican el espíritu. Estos días soleados de invierno son una bendición.

Soltamos las mochilas y las bolsas al pie de una añosa encina y vamos en busca de leña. El círculo de piedras ennegrecidas donde hacemos fuego, está en su sitio, tal como lo dejamos la última vez.

Si guardamos silencio, se escucha el murmullo del arroyo. Debido a las rocas que jalonan su recorrido, el agua se abre en numerosos brazos. Hay tramos del cauce que están tapizados de musgo, y otros que están pavimentados de guijarros grises y blancos. No recuerdo quién fue el primero en darse cuenta y señalarlos con el dedo. La comida se nos atragantó.

Estaban posados en las ramas más altas de la encina, inmóviles como estatuas, y nos observaban.

Las sardinas empezaron a requemarse, pero nadie pensó en sacarlas del fuego.

Con la tostada empapada de aceite en una mano, tan quietos como ellos, éramos la imagen del alelamiento. Sólo faltaba que se nos cayera la baba de la boca entreabierta.

No se nos ocurrió que quisieran atacarnos, si acaso arrebatarnos la comida. O tal vez estaban esperando para dar cuenta de los restos. Esto último parecía improbable.

Por su forma y tamaño me recordaron a una sirena, aunque esos pájaros permanecían obstinadamente callados. Sólo se escuchaba el rumor del arroyo.

Daban tal sensación de pesadez que uno se preguntaba cómo podían volar. Su plumaje negro como el hollín tenía reflejos metálicos. Las garras de afiladas uñas estaban plantadas sólidamente en las ramas del árbol.

Pero lo que nos dejó fuera de juego fue otra cosa. Esos tres grajos gigantes y rechonchos tenían cabeza humana.

El palacio deshabitado

1

Hay en Las Hilandarias una casona de muros encalados, con escasas y altas ventanas a la calle que están siempre cerradas.

En uno de los ángulos de este edificio se levanta una torre cuadrangular, maciza, rematada en una veleta con la primera letra de los puntos cardinales.

Esta casona es conocida como “el palacio”. Se entra por un portalón gris tachonado de clavos negros. Está situada en el casco antiguo del pueblo.

Desde la torre se contempla la campiña que se extiende ante ella como una inmensa alfombra parda surcada por las franjas grises de las carreteras de Besoto y Conquista, y limitada a la derecha por la lejana cenefa del río Tremedal.

2

Crucé el pueblo con mi mochila azul y negra donde llevo lo que me hace falta: cuadernos, libros, bolígrafos...

Marchaba aspirando el aire con olor a jara de los haces que almacenan en los patios de las tahonas para ser quemados en los hornos.

Marchaba disfrutando de la transparencia y quietud de las mañanas estivales de Las Hilandarias.

La idea me la sugirió Perindola que conoce todos los recovecos y secretos del pueblo.

No tengo interés en responsabilizar a nadie, ni siquiera a ese zascandil irredento.

Necesitaba un lugar tranquilo donde realizar mi labor y “el palacio” lo era.

3

Las estancias son espléndidas: de techo alto, amplias, con baldosas blancas y negras formando dibujos geométricos. Las ventanas de postigos entreabiertos dan a un patio central adoquinado con un pozo y un pilar.

Frías y en penumbra, recorro las habitaciones a pasos lentos, como si temiera despertar a alguien.

Hay muebles antiguos, espejos de marcos de madera tallada, jarrones de porcelana, candelabros, cortinas de damasco, consolas con tapas de mármol...

Ante una mesa de caoba con un paño de terciopelo verde y un relicario de cobre dorado, me rindo a la evidencia de que no hay ningún sitio adecuado para ponerme a trabajar.

Sigo adentrándome en “el palacio” con sus paredes llenas de cuadros de motivos cinegéticos y religiosos, con sillas tapizadas, sofás y sillones de cuero... Con ese silencio más propio de un museo que de una vivienda.

Me noto tenso. Comprendo que allí no podré concentrarme, que allí no pinto nada.

Doy media vuelta y desando las desangeladas estancias. Cuando cruzo el patio, el calor del sol reanima mi cuerpo y reconforta mi espíritu.

ÍNDICE

El despertar de los murciélagos.....	2
Guardianes.....	6
El escudo de armas.....	9
Los caracoles.....	14
La torre.....	17
El deportivo rojo.....	19
La hoya.....	22
Al museo.....	23
La procesión.....	24
El gato-tigre.....	25
Ramana.....	26
No me toques.....	28
Un viaje al sur.....	29
Un viaje al norte.....	30
El trascuarto.....	31
Mi abuela.....	32
Un cuento cruel.....	34
El iconoclasta.....	35
¿Qué pájaros son éstos?.....	37
El palacio deshabitado.....	38
Índice.....	39

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported.

Visite esta página: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>